



**ASOCIACIÓN PERUANA DE FACULTADES DE MEDICINA**

**RED PERUANA DE ESTUDIANTES DE MEDICINA (REPEM)**

# **7 Juegos Florales** **Estudiantiles de Medicina**

## **LA CONSULTA DE MATIANA CARPA**

**CUENTO**

**JULIO MARDEN RIVEROS DE LA CRUZ**

**UNIVERSIDAD NACIONAL DEL CENTRO DEL PERÚ**

*Mención Honrosa  
Categoría Cuento*





## LA CONSULTA DE MATIANA CARPA

**Riverdel**

*“Su voz se tornaba fúnebre y más fluida, ya no había el tono sórdido que tenía al inicio de la consulta, ahora parecía más segura y menos temerosa, pero su voz me llenaba de miedo, de una sensación inconstante que se mecía en mi cuerpo”.*

La señora Urbina tiene cáncer de pulmón. Sus días en el servicio de Oncología con las intensas quimioterapias y dosis de morfina son una maratón a una meta funesta, apenas medio año de vida y dejará una cama vacante para otro moribundo. La señora Urbina tiene dos hijos, que velan por ella como guardianes del cielo al pie de su cama, con los ojos incomprendidos y taciturnos, la ven desde su ángulo de melancolía, sincronizando sus últimos respiros compartidos, los últimos antes de conectarla al balón de oxígeno que llevará cargando hasta sus últimos días.

La señora Urbina tiene una mirada triste y sincera, ve a través de las cortinas el remolino de sus historias que se irán perdiendo en los polvorientos rincones la muerte, esa muerte que trabaja en rondas completas en los hospitales, esa muerte que se ve invocada en los pronósticos y las salas de emergencia. La señora Urbina morirá de cáncer, se lo dije hace unos meses en un día en el que desencajé su mirada tranquila, que en seguida se hicieron lagunas de llanto desbordando por sus mejillas. No había nada que hacer, ni el abrazo más profundo la curarían de su fatal desenlace; sólo vi sus ojos al igual que a muchos he visto antes.

Los días en el consultorio son tranquilas horas, alejado de la queja constante de los pacientes del servicio de Oncología, un día corriente donde las noticias buenas y malas se entregan sin pulso ni emoción. El café caliente desprende su vapor sobre el escritorio, listo para diluirse en el transcurso de las consultas, largas esperas para las cortas consultas con los doctores que deciden el camino entre el alivio y la angustia.

Se abren las puertas del consultorio. La primera paciente es una señora alta y encorvada, lleva un vestido negro y un velo del mismo color que le cubre el cabello, los dedos largos y delgados donde reluce un anillo viejo, una tez blanca y un rostro inexpresivo con la mirada abajo, lleva



## Asociación Peruana de Facultades de Medicina

consigo un bolso pequeño colgado como un péndulo en su brazo. Se sienta acomodándose el cabello canoso debajo de su velo, mostrando las arrugas de sus mejillas que no revelan con exactitud sus años. Su vestimenta oscura es como la de una viuda que viene a buscar consuelo en un lugar donde las malas noticias son aves posándose en la pena de los pacientes.

- Buenos días ¿su nombre?, pregunté.

- Matiana Carpa – contestó con voz apagada y aún mantenía la mirada abajo como observando algo importante en el suelo mientras yo buscaba su nombre en la lista de pacientes; se mantenía con un silencio implosionado, esperando a que le dijera algo para que rompiera sus labios otra vez en palabras sórdidas.

- ¿Cuál es su motivo de consulta?

- Ninguna.

Levantó los ojos, pero no me miraba, sólo revoloteaba lentamente la mirada por las paredes del consultorio como si reconociera los objetos que ahí hubiera.

- Señora Matiana, usted ha venido al consultorio por algún problema, ¿en qué le puedo ayudar?, le dije con tono serio; pero ella mantenía los labios cerrados conteniendo algo que quiere escapar.

La enfermera entró por la puerta trayendo un paquete de historias clínicas, las puso en mi escritorio y empecé a buscar la historia de la señora Matiana; era un folder delgado con hojas desordenadas, lo revisé detalladamente mientras ella volvía la mirada hacia abajo, como si fuese su estado habitual. Nada parecía raro en su historia, pero me sorprendió su edad, tenía los mismos años que yo y aun así parecía estar más vieja. Seguí revisando y encontré un diagnóstico, al parecer se habían equivocado de fecha, estaba con la del mes próximo. De todos modos, no era muy alentador, otro paciente más que va a morir con cáncer, nada más habitual en este día. Cerré su folder y empecé a explicarle.

- Señora Matiana, creo que ha venido por sus resultados, pero tal parece que se equivocaron con la fecha...



## Asociación Peruana de Facultades de Medicina

- ¿Cómo está la señora Urbina? – Interrumpió de repente, pero esta vez empezó a mirarme. Sus ojos eran gélidos cristales negros con un brillo apagado que se clavaron en los míos; de un momento hubo una conexión inexplicable entre ella y yo, una breve conexión adornada de un silencio incomprensible.

- ¿La conoce, es usted su familiar?, pregunté
- No.
- ¿Entonces es su amiga, sabe de su situación?
- Algo así.
- En ese caso debe ir a verla, no le queda mucho tiempo.
- Iré a visitarla en unos meses.
- De acuerdo

Nos quedamos en silencio por un momento, trataba de buscar algo más en su historia, algún detalle de su salud para poder continuar con la conversación sobre su diagnóstico; sin embargo, no hubo nada, ni en mis palabras que empezaban a tornarse pesadas. Después de tantos años de dar malos pronósticos se me estaba quebrando la voz, había un aire sombrío que se encarcelaba en mi garganta, algo que se metía en mis pulmones y me ahogaba en una inexpresión incómoda, no podía leer las hojas contenidas en su folder, una angustia me bordeaba el cuerpo como un calambre de miedo que me dejaba absorto. Había dado tantas noticias de muerte antes y ahora se me ahogaba la voz de la nada.

- La señora Urbina tiene dos hijos preciosos, son buenas personas, a ellos los visitaré después, dentro de algunos años, comentó.

- ¿Cómo conoces a la señora Urbina? – pregunté.

- Recuerdo el día en que le dijiste que tenía cáncer, yo estuve a su lado, aunque no pude consolarla, yo no puedo consolar a nadie; conozco a la mayoría en este hospital, a muchos de ellos los voy a visitar.

- No es posible, ese día la señora Urbina vino sólo con uno de sus hijos. ¿Cómo es que conoces a tantos en este hospital? ¿Trabajas aquí?

- Tengo un trabajo aquí como en muchos sitios.



## Asociación Peruana de Facultades de Medicina

Su voz se tornaba fúnebre y más fluida, ya no había el tono sórdido que tenía al inicio de la consulta, ahora parecía más segura y menos temerosa, pero su voz me llenaba de miedo, de una sensación inconstante que se mecía en mi cuerpo.

- Señora Matiana, no nos salgamos del tema, tengo que darle algunas noticias y no son muy agradables, le dije con mayor seguridad.

- Lo sé -contestó mientras volvía a mirarme fijamente- al igual que las noticias que les has dado a muchas personas antes, miras el monitor del computador para llenar tus formas mientras vas dando la mala noticia. Evitas mirar a las personas porque sus llantos no te conmueven y no te agradan, dejarás un espacio de tiempo para que lo asimilen y después les dirás una pequeña frase de aliento. Pero a ti no te importa, igual se van a morir, y así esperarás a la siguiente consulta para poder dar otra mala noticia. Esa es tu costumbre, lo has hecho siempre.

No entendía como ella sabía todo eso, era la primera vez que miraba a esa señora y ya había resumido mi vida en un instante. Sus ojos seguían suspendidos en los míos con un hilo invisible que nos ataba de forma inexplicable, mi escritorio parecía tonarse frío, mis dedos se quedaron estáticos y sólo existía esta mirada mutua que no podía romper; el miedo empezaba a fluir en mis venas como veneno de serpiente, el consultorio parecía tener la atmosfera de un cementerio a media noche con sus gélidos vientos soplando y rompiendo nuestros huesos.

- ¿Cómo sabe usted todo eso? ¡usted no me conoce!, respondí.

- Ya le dije, conozco a casi todos en este hospital.

- No entiendo, yo jamás te he visto.

- Es cierto, pero siempre he estado aquí, siempre que has dado malas noticias, y yo tengo una para ti.

- ¿Quién eres? – pregunté con la voz temerosa.

- Soy la muerte.

De pronto mi miedo me paralizó, el veneno hizo efecto en mi sangre, mis pies parecían tumbarse en el suelo, mis dedos inmóviles y mi mirada perpleja habían muerto por un momento. Tantos años en la facultad, los cursos y las ponencias, tanta ciencia impartida y nada de eso nos había



## Asociación Peruana de Facultades de Medicina

preparado para un encuentro así, ¿era la muerte, era una broma? El consultorio se mantuvo en silencio y yo buscaba una excusa para salir de esto, de la inmovilidad de mis extremidades y mis palabras; no podría ser la muerte, debe ser una broma, estas cosas no existen ni aparecen, nada de esto es real.

- Es una broma –repliqué- es común hacer bromas en estos casos. Señora Matiana, las personas reaccionan de diferente manera a las malas noticias, yo la entiendo. Además, ¿cómo puedes anunciar tan tranquila a la muerte?

- Tú lo has hecho tantas veces y ese pronóstico en el folder es para ti, respondió de manera sombría.

- ¿Qué dice?

Revisé su folder otra vez, estaba mi nombre.